

perdonada. El mundo os necesitará tarde ó temprano; la experiencia de doctrinas que no son vuestras, se acabará bajo los ojos abiertos del género humano. Solo necesitaréis esperar, y la paciencia es tambien un fruto de la humildad! Hijos únicos de esta virtud, sagrados patriotas del tiempo, porque lo sois de la eternidad, subid al Capitolio, y allí, empuñando el cetro de caña, la frente coronada de espinas, los hombros cargados con la púrpura sangrienta, permaneced en pié ante el ultraje, y esperad en paz el porvenir que os busca y que os hallará; no un porvenir de reposo, sino un porvenir en que se acrecerá el número de los que creerán, amarán y sufrirán con vosotros; porque mientras el reino de Dios sea el reino de la humildad, no habrá en él gloria sin humillacion, victoria sin derrota, alegría sin dolor. Vosotros sois semejantes al Océano, cuya legitima ambicion es dilatar sus playas, pero que sabe que acreciéndolas, acrece tambien sus borrascas.



~~~~~\*~~~~~

## SERMON VIGÉSIMO SEGUNDO.

De la castidad que produce en el alma la doctrina católica.

MONSEÑOR :

*Señores :*

HABEIS comprendido la fuerza y la fecundidad del terreno al que ahora hemos descendido. Dejamos la region especulativa de las ideas para entrar en la region práctica de los sentimientos y de las virtudes, y por consiguiente entre el terreno en que estábamos y el en que nos hallamos hay la diferencia que entre lo que solo se verifica por el espíritu y lo que se efectúa por las mas accesibles realidades; y si habeis comprendido bien mi pensamiento, habeis entendido que hay virtudes reservadas como signo de la doctrina divina. Porque, Señores, lo conoceis muy bien, si existe una doctrina divina, si es cierto que Dios se haya dignado establecer en la tierra una enseñanza emanada de sus labios, si desde que está en el mundo, es decir, desde que hizo el mundo, habla, habla en voz alta y en voz baja, habla al universo entero y á cada alma que ha creado; si esto es cierto, bien veis que es absolutamente necesario que la doctrina divina produzca algo que jamás pueda producir la palabra humana, por mucho que desee contrahacer estos signos omnipotentes. Dios, Señores, se ha reservado pues verdades, se ha reservado virtudes, se ha reservado instituciones; y la gran prueba del cristianismo,

su prueba popular, el pan cotidiano de su demostracion, no es el milagro que pasa, aun resucitando los muertos, no es la profecia, aunque mas permanente que el milagro; no, la prueba perpetua y viva del cristianismo, es que toda vista descubre en él, un poco mas tarde ó mas temprano, verdades, virtudes é instituciones reservadas: y es que Dios ha hecho como un gran rey, que, además de las magnificencias exteriores de sus palacios, posee en el interior, en sitios mas secretos, un tesoro de cosas privadas, cuyo santuario solo revela á sus amigos mas queridos.

Ya hemos dicho que la primera de las virtudes reservadas es la humildad. Dios solo hace los humildes con su doctrina católica; todas las doctrinas humanas sin excepcion, desde Platon hasta Kant, todas engendran el orgullo. Fácil os será reconocerlas en este infalible criterio. Cuando al leer un libro ó al escuchar una palabra suba el orgullo á vuestro corazon, decid: Posible es que aqui esté la verdad, pero es una verdad dicha por el hombre. Y al contrario, siempre que leyendo un libro, ó escuchando una palabra, sintais bajar la humildad á vuestra alma, aunque sea el mas infeliz mendigo quien haya firmado este libro ó pronunciado esta palabra, decios: Dios es quien habla conmigo. Esta regla no tiene excepcion. Y observándolo bien, Señores, la humildad, mejor que ninguna otra virtud reservada, no es una virtud mistica, buena solamente para el cenobita oculto en su celda, bajo una austeridad que el mundo llamará quimérica. No, cuando Dios quiere formar signos lo hace mas hábilmente. La humildad, así como las demás virtudes reservadas, es una virtud de la tierra, una virtud moral, una virtud social, una virtud de que necesita el hombre, que la anda buscando, que le falta á todas horas, y con cuya falta sufre cruelmente.

Sin humildad, es imposible toda jerarquia; porque la jerarquia se compone de escalones subordinados, de los cuales unos son primeros y otros últimos, y todos dependen y necesitan recíprocamente humildad, ya para aceptar su lugar, si es inferior, ya para hacerlo aceptar, si es superior: ninguna combinacion podria reemplazar, en esta posicion, el óleo fraternal de la humildad, y sin su auxilio, la jerarquia no es mas que tiranía de la parte superior, rebelion de la inferior, un odio que asciende y que descende bajo la proteccion de la necesidad.

No añadiré mas que estas pocas palabras á mi último Sermon, y pasaré á una segunda virtud reservada. Esta segunda virtud reservada es la castidad. Os mostraré que el hombre no ha podido producirla, y cómo lo ha conseguido la doctrina católica. Espero, Señores, de la asistencia divina, que permaneceré en los límites de mi ministerio, y que vosotros tambien elevaréis vuestro corazon á la pureza que es de derecho en semejantes actos. En la edad en que todos estamos, nos es permitido ver, al resplandor de un lenguaje severo, las cosas mas hondamente sepultadas en las entrañas de la humanidad.

El alma no está sola en el hombre; hállase unida á un cuerpo, y el cuerpo del hombre no es como el del animal, no es reglado por los instintos inmutables que le mantienen en los límites convenientes á los fines de su destino. Todo nuestro cuerpo se halla mas ó menos rebelado contra el alma que debe regirlo. No obstante, el alma gobierna bastante bien algunos de esos resortes que llamamos sentidos; ella puede, con la fuerza de la naturaleza, y el auxilio de una filosofia sana y espiritualista, contener bastante poderosamente las riendas de una grandísima parte de su administracion. Pero hay un sentido singular, el único que no es necesario para la conservacion de la vida,

y que permanece privado de sus funciones, aun legítimas, sin dañar al juego ni al desarrollo de nuestra organizacion; y este sentido; que deberia ser naturalmente el mas fácil de gobernar, pues que es libre de llenar ó no su ministerio, es precisamente el mismo que se halla en rebelion permanente contra el alma, por un misterio que yo no puedo explicar al presente, que ignoro, si quereis, pero que es el misterio mas grande de nuestra naturaleza, porque toca en lo mas profundo de la cuestion del bien y del mal.

El sentido de que hablo no está solamente rebelado, está depravado.

Llamo sentido depravado al que no se inquieta de sus funciones verdaderas, pero obra por un instinto de egoismo extraño á todo destino. Esto es claro que es una depravacion del orden natural, porque la naturaleza va siempre á un fin justo, determinado y eficaz. Ahora bien, el sentido de que hablo no se inquieta de su fin; su fin le es completamente extraño. Lo que busca es á sí mismo, es una satisfaccion independiente de todo bien que lo cubra con su utilidad y su santidad. Mientras que todos los demás sentidos obran en direccion á la vida, aun cuando abusen de sí mismos; mientras que el sueño nos causa descanso, el alimento repara nuestras fuerzas, los oidos oyen la palabra que nuestro verbo profiere; en una palabra, mientras que todos nuestros sentidos, aun en sus excesos, cumplen algo de verdadero, este no cesa de conspirar contra nuestra vida. Usa sin fruto nuestros mas preciosos órganos, devora sin objeto nuestras mas admirables facultades. ¿No os habeis encontrado alguna vez con esos hombres, que en la flor de su edad, y apenas honrados con los signos de la virilidad, llevan ya las ajadas marcas del tiempo; que degenerados antes de tocar al nacimiento total del sér, cargada la frente de precoces arrugas, los ojos cóncavos y vago-

rosos, los labios impotentes para pintar la bondad, arrastran bajo su sol juvenil una existencia caduca? ¿Quién ha hecho estos cadáveres? ¿Quién les ha quitado la frescura de sus años? ¿Quién ha puesto en su semblante signos vergonzosos? ¿No es ese sentido enemigo de la vida de los hombres? Víctima de su depravacion, el infeliz ha vivido solitario, no ha aspirado sino á sacudimientos egoistas, á esas espantosas pulsaciones hasta llevar su cuerpo al sepulcro, donde dormirán con él sus vicios deshonorando su ceniza hasta el dia final.

¡Ah! si esto no es un sentido depravado, ¿qué nombre le daremos? Un nombre mas duro aun, Señores, porque yo añado que es un sentido abyecto. Es un sentido abyecto, porque mata el corazon, porque sustituye la emocion de la sangre á la emocion del alma. Yo he visto en mi vida á muchos jóvenes; y os lo declaro, jamás he encontrado ternura de corazon en un jóven relajado: jamás he encontrado otras almas amantes que las almas que ignoraban el mal ó que luchaban contra él. En efecto, una vez habituados á las emociones violentas, ¿cómo quereis que el corazon, una planta tan delicada, que se alimenta con algunas gotas de rocío que caen aquí y allí del cielo para él; que se conmueve por ligeros hálitos, que es feliz por dias enteros con el recuerdo de una palabra pronunciada, de una mirada dirigida, de un consuelo dado por la boca de una madre, por la mano de un amigo; el corazon, cuyo latido es tan calmado en su verdadera naturaleza, casi insensible, á causa de su misma sensibilidad, y por temor de que fuera abrasado con una sola gota de amor, si Dios le hubiese hecho menos profundo; ¿cómo quereis, digo, que el corazon oponga sus dulces y delicados goces á los goces groseros y exagerados del sentido depravado? El uno es egoista, el otro generoso; el uno

vive de sí, el otro fuera de sí; entre estas dos tendencias debe prevalecer una. Si vence el sentido depravado, el corazón se marchita poco á poco, y no siente ya la fuerza de los gozes sencillos, y no va ya hácia la otra tendencia, concluyendo por no latir sino para dar curso á la sangre, y para marcar las horas de este tiempo vergonzoso cuya fuga precipita la relajacion. Pero ¿qué cosa mas abyecta que matar el corazón en el hombre? ¿Qué resta del hombre cuando no vive su corazón? No obstante, el sentido depravado hace aun mas: ningun vicio, como tampoco ninguna virtud, detiene sus efectos en el hombre solo; uno y otro tienen en la sociedad la repulsion de su accion. Y bajo este respecto, el sentido depravado es la opresion y la ruina del mundo.

Se habla mucho de libertad, y por mi parte hablo de ella con tanta altivez como el que mas. Porque, gracias á Dios, hay una libertad justa y santa, y no existe en la lengua humana palabra alguna que no tenga su legítima aplicacion. Dios y el demonio se sirven de las mismas palabras, y el demonio no puede maldecir ni una sola, como no puede maldecir una sola idea al abusar de ella. Dios es el padre de la libertad; él la ha bendecido dándola al hombre; él lleva ante nosotros, por manos de su Iglesia, su estandarte siempre elevado y honroso. Hablo, pues, de la libertad, y os denunció uno de sus enemigos; os lo denunció de lo alto de la gran tribuna de la humanidad; aquí donde sosteniéndose mutuamente sus deberes y sus derechos, siempre han hallado oradores y mártires. Os denunció un despotismo atroz é innohble, el del sentido depravado contra toda una gran parte de la especie humana; porque el infame no se limita á sí, aunque solo viva de sí; sale de sí para hacer víctimas; y qué víctimas!

¡ Ah! Señores, al salir de esta asamblea, buscad

una de esas calles en que se abriga la miseria, no tendréis que ir muy lejos. Subid esos tristes tramos, y os hallaréis ante un grande espectáculo. Esos semblantes tan jóvenes y tan ajados han sido hermosos; esos miembros que sólo inspiran la tentacion del horror, han sido vivos; esos seres deshonrados tenían hermanos y hermanas. Y ya no los tienen, ya no tienen nada, ni aun remordimientos. ¿Quién los ha despojado, marchitado y entregado á la miseria, al oprobio, á la ignorancia misma de su desgracia? ¿Quién? Bien lo sabeis. Tan cobarde como egoista, el sentido depravado no ataca al hombre en su fuerza, sino en su debilidad: no irá á tentar al hombre que puede mirarle de frente; sino que marcha, arrastrándose como un gusano, á deslizarse en el seno de las flores que acaba de abrir la primavera y que solo vivirán un dia. Va á solicitar lo que no puede defenderse; se presenta á un sér débil y sobrado fácil de seducir, porque él tambien ha seducido antes, y se presenta á él bajo el exterior de un corazón conmovido. El hipócrita se atreve á llevar la mano á esta region del alma; oculta la liviandad y la traicion bajo la expresion del amor y de la fidelidad: despues, pasada la hora, despues de haber destruido lo que no se reedifica jamás, abandona, y se marcha, desertor del mal que ha hecho, á consolarse del disgusto que experimenta por un disgusto que aun está por venir. Qué opresion hay en el mundo, si esto no es opresion, y qué ruinas, si lo que voy á decir no se tiene por ruinas?

Quando mirais á la historia de nuestro país y veis en ella todos esos nombres ilustres que eran su corona, corona de baron, corona de conde, corona de marqués, corona de duque, todas esas antiguas coronas que formaban la corona total del país; y en seguida, mirando esas razas hoy dia, las veis que se

inclinan bajo el peso de su antigüedad, niños cuya espada, esgrimida por sus padres, habia dilatado las fronteras de la patria y de la verdad, y que ya no pueden hacer nada ni por la una ni por la otra, no os es difícil conocer las causas de esto. El vicio ha pasado á estas razasy ha carcomido sus fibras vivientes. El vicio no perdona ni aun á las naciones. Llega un tiempo, y para qué pueblo no ha llegado tarde ó temprano! llega un tiempo en que sucede á la historia heroica la historia civilizada; caen los caracteres, disminúyense los cuerpos, márchase con paso igual la fuerza moral y la física, y óyese de lejos el ruido del Bárbaro que se acerca y que mira si ha llegado la hora de quitar del mundo á ese viejo pueblo. Cuando ha sonado esa hora, cuando se siente temblar un país ante el destino, ¿qué es lo que ha pasado por él? ¿qué soplo ha extinguido su vida? Siempre el mismo, Señores; la muerte solo tiene un grán cómplice. Este pueblo se ha degradado en las homicidas alegrías de la voluptuosidad; ha derramado su sangre gota á gota, y no á raudales, sobre los campos fecundos del rendimiento; ahora bien, hay una venganza inevitable de la sangre vertida de esta suerte, la que sufren en la servidumbre y en la ruina todas las naciones finadas.

Perdonad, Señores, si no sigo mi pensamiento; ¿qué importa? Pero aquí veo mil jóvenes; siempre que el tentador les ataque, piensen que es el enemigo de la vida, de la belleza, de la bondad, de la fuerza, de la gloria, que es el enemigo universal y nacional. ¡Ah! Señores, si un Tártaro viniera á llamar á vuestra puerta y á persuadiros de una traicion contra la Francia, ¿cuál no seria vuestro horror! No obstante, el sentido depravado no hace otra cosa; la sangre que os pide, aunque no fuese la sangre de la eternidad, seria la sangre de la patria y del porvenir.

¿Dios mio! ¿qué hará el alma ante ese enemigo? ¿Ha recibido alguna fuerza, ha ejercitado alguna contra él? No tenemos mas que interrogar la historia. Ella nos responderá.

¿Pues bien! el alma estaba débil. Ha podido algo por la justicia, por la prudencia, por la templanza, y aun por la fuerza; ha hecho á Anibal, á Scipion, á Caton el Uticense, y á tantos grandes hombres que han tenido el valor de vivir y morir en circunstancias difíciles; ha creado héroes, mas no ha creado castos. Y al verse así impotente, y necesitando vivir con honor, porque este es su instinto, ha llevado el delirio hasta querer el honor del sentido depravado. No se ha contentado con la libertad; no ha pedido al mundo solamente que el sentido depravado fuese libre, le ha pedido que fuera honrado, y el mundo ha consentido en ello. Aun en la actualidad, Señores, á pesar del cristianismo, se esfuerza el mundo en mantener el honor del sentido depravado. El mundo reprueba á un homicida; el profanador de los juramentos mas santos, el violador del santuario doméstico, el adúltero pasa por el mundo con la frente elevada. Hé aquí por qué principalmente no pueden entenderse el mundo y el Evangelio: nada combate tanto el Evangelio como el sentido depravado; el mundo le sostiene, y honra hasta el fin el mismo deshonor.

El honor del sentido depravado no ha satisfecho al alma; sino que esta ha querido además la publicidad, el estado público. Porque, Señores, solo es verdaderamente grande lo que llega á ser estado público. Mientras no sostiene la publicidad una cosa, no ha llegado á su mayor poder. ¿Lo creeréis? el sentido depravado ha aspirado á la publicidad, y, gracias á la connivencia del alma, la ha obtenido! No puedo ir mas lejos, Señores... la palabra cristiana se niega á la simple indicacion de realidades que el sol vió en

otro tiempo; pero Dios ha permitido que Tácito y Suetonio escribiesen páginas, que hasta el día del juicio final, llevarán al conocimiento del hombre la historia sangrienta de su propia depravacion. ¿No recordais el espectáculo del pueblo romano en su decadencia? ¿No recordais á Neron mostrándose al imperio romano, á los descendientes de la gran república; á Neron, señor de tantos hombres, encargado de representar en su sola cabeza lo que un orador inglés llamaba divinamente bien la majestad de un pueblo; Neron, el heredero de los Fabios, de los Scipiones, de todas las familias consulares, cubierto con todas las púrpuras reunidas por tantas virtudes y por tantos siglos; Neron, apareciendo ante los sepulcros de la patria, ante sus templos, en el foro, rodeado... ¿Cómo podré pintarle? Y le veia todo un pueblo, pero un pueblo preparado por los mas horribles espectáculos á este espectáculo postrero.

¿Y nadie acudirá al socorro del alma? ¿nadie se sacrificará para volverle un poco de valentia y de honor? ¿Acaso no habia filósofos en aquellos tiempos? ¡Ay! habia filósofos, no hablo irónicamente, habia genios poderosos que sabian descubrir grandes verdades, aunque no las descubrieran completamente. Pero los filósofos no han podido nada; tambien el sentido depravado ha tenido su filosofía; ¡se le ha creado una filosofía! Y no solamente, Señores, ha tenido su filosofía, sino que ha tenido tambien su sacerdocio, ha tenido sus sacerdotes.

¡El sacerdote! este nombre nos representa á un hombre encanecido en la edad y en la tradicion, que ha visitado los reinos de la verdad, y recorrido todas las riberas del error, de donde ha traído, en favor de los hombres, una filosofía mas elevada que la del tiempo, una mirada que vienen á consultar los pueblos para leer en ella pensamientos venerables. ¡Pues

bien! el sentido depravado ha tenido sacerdotes encargados de ejercer como un ministerio de santidad este espantoso ministerio de la depravacion.

¿Qué digo? ¡sacerdotes! ¡ha tenido templos! ¡Templos, Dios mio! Cuando el hombre se halla fatigado, cuando está harto del día, y no puede mas con la vida, se pone en camino y va á llamar á la puerta de un templo; cae de rodillas, ora, se eleva hácia Dios en esas paredes que son su morada, su alma respira allí la esperanza y el perfume de una vida mejor; hé aqui el templo. Y este templo ha sido manchado por la voluptuosidad: al hombre que iba allí á reposar de los sueños crueles de la vida, se le mostraba en el altar el deleite y le decia: ¡Yo soy el último Dios!

No obstante, Señores, no hagais al género humano la injusticia de creer que no se avergonzó, y que no aspiró á sacudir este yugo. Aspiraba á ello. Tenia vestales, conocia la palabra de castidad, tenia de ella algunos ilustres ejemplos, tales como la continencia de un Scipion en una ocasion célebre. Pero esto no era mas que relámpagos, deseos, apariciones del bien; el bien estaba vencido. El hombre ha permanecido durante cuatro mil años bajo el dominio del sentido depravado, hasta que en fin sonó una hora en el reloj de la eternidad, y esta hora decia: «Ha nacido un Salvador; gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Réstanos que ver el efecto de esta simple palabra en el mundo, y cómo ha engendrado en él la virtud reservada de la castidad.

Roma era absoluta señora del mundo: habia reunido en su seno todos los vicios de las generaciones que habia conquistado; y queriendo marcar con un monumento la plenitud de su gloria y de su religion, elevó en su centro un templo á todos los dioses, su Panteon, en que tambien el dios de la depravacion

tenia su imágen, sus sacerdotes y su incienso. Un día, pues, llegaron ciertos paisanos procedentes de un país sin renombre, y se detuvieron en esta plaza, donde se contenian todos los dioses de Roma bajo la triple proteccion del tiempo, de la victoria y de la religion. Llegaron, pues, y miraron á su alrededor á todas estas potestades que estaban allí para defender la vergüenza y el deleite divinizados, y despues de haber hecho sobre ellos un signo sagrado, fueron á llamar con su báculo de viajero á la puerta del Panteon, que se abrió ante ellos. Allí se hallaban colocados todos los antiguos dioses, todos los errores pasados, todos los crímenes famosos; todos reinaban allí en mármol, en oro y en marfil. Nuestros paisanos no llevaban contra todos ellos mas que un corazon puro, que al fin fué el mas fuerte. La castidad plantó en el Panteon su doble signo, primero la cruz, la carne del hombre padeciendo por una inmolacion voluntaria, y á su lado la imágen de la Virgen sin mancha: signos ambos que anunciaban al género humano que no era el padre del mundo la sangre derramada en la voluptuosidad, sino la sangre vertida en el dolor; enseñándole ambos que no era la madre del mundo la fecundidad, aun siendo legitima, sino la virginidad, la virginidad hermana de la juventud, de la belleza, de la bondad, del genio, de la fuerza, hermana y madre de todas las virtudes, y con ellas del mundo entero.

El triunfo era nuevo y grande. El honor y la publicidad de la depravacion eran sustituidos por el honor y la publicidad de la castidad. Pero es necesario un sacerdocio para el sostenimiento como para la propagacion de toda doctrina santa; ¿y cuál debía ser el sacerdocio de la castidad sino un sacerdocio de vírgenes? La doctrina católica lo creó, no ya para una porcion escogida, destinada como las vestales á

ofrecer al mundo un raro patron de virtud, sino para todos sin excepcion, para todos, en todos tiempos, en todos lugares, bajo todos los soles. Ella osó contar para esto consigo misma, exigiendo por condicion suprema del sacerdocio la continencia absoluta, y no queriendo confiarlo mas que á la inocencia conservada para siempre, ó perpetuamente recobrada por el arrepentimiento. Nadie, en efecto, puede dar lo que no tiene, y solo la castidad debia tener el privilegio de engendrar la castidad.

Pues bien, Señores, ¿qué decis de esto? Tal era la pretension de la doctrina católica; ¿la ha realizado? ¿Ha creado por toda la tierra, en todos los pueblos, una raza de sacerdotes castos, renunciando á lo que habia parecido á la humanidad, durante cuatro mil años, condimento indispensable de la vida? ¿Lo ha hecho? Y observadlo, no son ancianos reducidos por el hielo de la edad á la impotencia del mal los elegidos por la doctrina católica para sacerdotes suyos; no: son jóvenes, el hombre en la savia y en la flor de su vida; es S. Juan reclinado en el pecho de su maestro; es S. Pablo corriendo á Damasco á rienda suelta; es S. Antonio llevando toda su primavera al desierto de Kolsim. Hé aquí en general el sacerdote cristiano. La Iglesia toma de los cabellos la juventud viviente, afectada por su corazon, seducida por su imaginacion: la purifica en la oracion y en la penitencia, la educa con la meditacion, la hace dócil con la obediencia, la transfigura con la humildad, y al radiar el día, la arroja á tierra en sus basílicas: derrama sobre ella una palabra y una gota del óleo; ¡y vedla casta! Irán estos jóvenes, irán por toda la tierra, bajo la guarda de la virtud; penetrarán en el santuario de los santuarios, el de las almas; escucharán confidencias terribles; lo verán todo, lo sabrán todo; mil tempestades pasarán sobre su corazon. Este corazon perma-

necerá de fuego por la caridad, de granito por la castidad. Este es el signo por el que reconocerán los pueblos al sacerdote. El sacerdote podrá ser avaro, orgulloso, farisaico; su carácter sufrirá sin duda vicios vergonzosos; pero, á pesar de esto, mientras brille en su frente el signo de la castidad, Dios y los hombres le perdonarán mucho: lo que estos últimos no le perdonarán jamás, será una falta, á veces la sombra de una falta de fragilidad; tanto es á los ojos de todos el sacerdocio y la castidad una sola y una misma dignidad, una sola y una misma expresion del Dios que ha salvado el mundo en la cruz.

Gracias á Dios, Señores, el sacerdote católico ha experimentado esta prueba; y la sufre desde hace cerca de veinte siglos. Hanle mirado sin cesar sus enemigos en el presente y en la historia, han señalado escándalos parciales; pero el cuerpo entero ha permanecido salvo. La fe de las generaciones atentas no se engaña sobre esto: cree en una virtud que ha experimentado; trae á nuestros piés niños de diez y siete años, corazones de diez y siete años, votos de diez y siete años; ella los trae allí á la faz del universo y á la admiracion del impío; presenta allí á la madre con la hija; los disgustos precoces con los disgustos envejecidos: dice allí lo que no oye el oido del esposo, lo que no sabe el oido del hermano, lo que el oido del amigo jamás ha sospechado. La humanidad proclama por esta confidencia milagrosa la santidad del sacerdocio católico, y siempre se estrellará el furor de los enemigos contra esta arca santa que él lleva consigo. Ellos la perseguirán, como el ejército de Faraon, hasta en la profundidad de los mares; pero el muro, el cristal de la castidad se elevará siempre entre ellos y nosotros, y maldecirán este fruto divino que nace en nosotros y que nos protege, y le maldecirán en vano, porque la maldicion que cae en

la virtud es como la que cae sobre la cruz de Jesucristo en la antevíspera de la Resurreccion.

La doctrina católica ha hecho un sacerdocio casto. Mas esta no es su mayor maravilla. Al fin el sacerdote es elegido, es preparado y consagrado; pero la doctrina católica purificará tambien el corazon menos dispuesto y preservado, el corazon de la mujer. Ella creará santas generaciones de cristianas, viviendo libres en medio del mundo, confiadas á si mismas, guardas con sus custumbres de las custumbres generales, ejerciendo en la sociedad un imperio nuevo, y haciendo nacer del respeto un amor que no conoció la antigüedad.

Me apresuro, Señores, tengo prisa de llegar hasta vosotros, á vosotros, último fruto y el mas divino de la castidad. Porque vosotros estais guardados por la naturaleza y por la sociedad, aun menos que la mujer; á vosotros se os ha dejado una libertad tan grande como vuestros deseos. Todo lo podeis contra vosotros mismos, y todo con una larga impunidad. Mas no obstante, os ha tocado tambien la cruz; hase aparecido la Virgen sin mancha á vuestro corazon embriagado de vida; ambos os han enseñado á muchos de vosotros el suplicio feliz de la continencia, y la religion se ha rodeado de vosotros como de un ilustre plantel, como de una jóven guardia de honor, que la defiende mejor que el pecho de sus mártires y que la espada de sus doctores. No todos vosotros habeis alcanzado de Dios desde el primer dia en vuestra alma este esplendor virginal; muchos perdieron su primitiva túnica; decaidos del santo bautismo, pasaron al dominio de las pasiones: la juventud les ha vuelto lo que les habia quitado la infancia. Otros luchan aun contra el veneno mezclado en sus venas: elevan á Dios deseos fervorosos, y aprenden en el combate mismo, conociendo mejor la debilidad de la natura-



leza, á discernir en la virtud el solo dedo que cura y que vuelve á la vida.

Así, Señores, sacerdocio casto, mujeres castas, juventud casta; tal es la obra de la doctrina católica en medio de un mundo que no ha cesado sin duda de ser corrompido, pero que aun en la parte rebelada contra el yugo de la santidad, recibe sus influencias, y no permite á ningun hombre sensato confundir el estado general de la sociedad cristiana bajo este respecto con las costumbres y la sociedad pagana.

No investigaré hoy las consecuencias lógicas de tan gran transformacion: ya las podeis preveer. Ya podeis presentir la cuenta que pediré á las doctrinas humanas en nombre de la castidad, no solamente á las doctrinas pasadas, sino á las doctrinas vivas. Nuestras conclusiones serán aun mas victoriosas que las que sacamos de la humildad; porque la humildad es una virtud que no se manifiesta tanto como la castidad, y tampoco el orgullo tiene llagas tan visibles como la depravacion de los sentidos.

Concluiré con algunas palabras destinadas á la parte cristiana de la juventud que me escucha.

Vivís, Señores, en un país en que estuvieron la moral y la religion mas estrechamente unidos que en ningun otro. Otros pueblos han recibido otros dones; el nuestro ha recibido el de una lógica inflexible que deduce en los actos lo que ha deducido en los pensamientos. La Francia no tendrá nunca mas que una religion expresada y defendida por grandes costumbres. Este es su instinto, y uno de sus títulos de gloria. Sed fieles á él, Señores, y pesad bien las consecuencias de vuestras virtudes: el siglo último no vió perecer la religion en Francia hasta que vió perecer el pudor; el sacerdocio no sucumbió hasta la desaparicion de toda juventud afecta á la castidad. El dia en que fué disuelto este batallon sagrado, concluyó el

antiguo y santo reino. Vosotros lo habeis resucitado, Señores: esta jóven y sagrada guardia de la verdad es nuestro mejor augurio, el fundamento mas seguro de nuestra esperanza, la bandera mas gloriosa que ondea para nosotros. La religion os grita, en nombre del mundo vacilante, que conserveis y que acrezcais el honor de esta bandera.

